

Víctima: Llorenç Coll Sastre
Autoría: Sus nietos

Querido abuelo Llorenç:

Aunque no nos llegamos a conocer, usted siempre ha estado muy presente, muy cercano, en nuestra vida, porque las circunstancias en que le perdimos hicieron que la herida no se pudiera cerrar. Pasaban los días, los meses, los años, y en su familia no menguaban los sentimientos de impotencia, de rabia y de desesperación por su pérdida, por su desaparición. Tenían indicios de lo que había pasado, pero no lo podían confirmar con rotundidad y esto aumentaba la angustia de los suyos.

Usted era un hombre del campo que cultivaba sus fincas, pero también trabajaba de aparcerero para el señor de Son Albertí y le cuidaba una finca bastante grande que tenía en Selva.

Había trabajado mucho y había invertido mucho allí durante años. Por eso, cuando él, el propietario, le dijo de recuperarla, usted le pidió una indemnización para salir y compensar de alguna manera su trabajo.

¡Nunca hubiera creído que esto le costaría la muerte!

Es verdad que era usted de izquierdas y que había votado a la República; pero no estaba afiliado y no entendía mucho de política.

Más razón aún para ver que su detención no fue provocada por sus ideas políticas, sino por las desavenencias con el propietario de la finca, que de esta forma le quitó de en medio. Una más de las muchas venganzas personales que se produjeron a raíz del golpe de estado de 1936 contra la República proclamada legalmente en 1931.

El día de su detención por parte de dos falangistas de su pueblo estaba usted en su finca de Auxella. Los guardias civiles fueron a su casa para decirle que se escondiera porque había orden de detención. Allí solo encontraron a su hijo Llorenç, enfermo en la cama. No le pudieron hacer llegar a usted ningún aviso a la finca.

Allí se presentaron, como recordará, los dos jóvenes falangistas del pueblo, que debían de tener más o menos diecisiete o dieciocho años. Eran T. S. O. y F. Ll. C. Lo más impactante fue que el segundo falangista era su sobrino, hijo de su hermana Aina.

De este modo le pagaba a usted, este Judas, toda la ayuda económica recibida por su familia. La de caminatas que hizo su mujer, la abuela Francisca, para llevarles de comer porque pasaban mucha necesidad.



No sabemos la hora exacta en que llegaron a la finca, pero debía de ser hora de comer porque encontraron la olla con la comida en el fogón.

Estuvo usted preso en Can Mir, donde ahora está la Sala Augusta, y le pudieron visitar un par a veces. Su hija mayor, Maria, le llevó una vez a su hija Maria, la única nieta que conoció y que tenía cuatro años. Antes de morir, ella todavía se acordaba de este momento.

Recuerdo que mi padre, su hijo pequeño Toni, me contó que albergaban alguna esperanza de poder liberarle. Intentaron reunir dinero y pidieron ayuda a gente con influencia.

Les envió usted once cartas que todavía guardamos como un tesoro. Estaban escritas por otros presos en castellano. La primera era del 8 de septiembre y la última del 30 de diciembre de 1936.

Ya por enero de 1937 supieron que le habían llevado a Porreres y que allí le habían fusilado y después enterrado en una fosa común con otros presos.

La paradoja fue que más adelante su hijo Toni, mi padre, tuvo que ir a la guerra y luchar en el bando nacional, una guerra que habían provocado los militares rebeldes contra la República legal existente, los causantes de su muerte.

Su familia lo pasó muy mal, porque, a su desaparición, se añadió el hecho de ver en el poder a sus verdugos y sin que todavía se pudiera decir nada: tenían que agachar la cabeza y hacer ver que no había pasado nada.

Cómo que no había pruebas de su muerte, no se podía realizar ningún trámite para su testamento y esto fue un proceso muy largo y costoso para su familia.

Por suerte, en 2016 nuestra esperanza de encontrar sus restos se cumplió.

Con la ayuda del ADN de sus nietos, y el hecho de que era usted la persona de más edad encontrada, le pudieron identificar. Le trasladamos a Selva, su pueblo, después de ochenta años. Ahora ya está usted con sus familiares, está donde toca.

Por desgracia no pudieron verlo sus tres hijos, Maria, Llorenç y Toni. Pero para nosotros, sus nietos, sí que fue un momento muy especial, muy emotivo.

Finalmente, esta herida se ha podido cerrar.

Gracias a Memoria Democrática y al Gobierno actual de las Illes Balears se pudo abrir la fosa de Porreres y confirmar lo que sospechábamos los familiares de los asesinados por la dictadura.

¡Le queremos!



G
O
I
B
/

Sus nietos